

prohibidos, aunque según J. Friede, durante el reinado de Carlos V «había una tolerancia, aunque limitada, pues no parece que las disposiciones se cumplieran estrictamente»⁶¹ y lo mismo viene a decir Rosa Arciniega⁶². Siguió una pragmática de 1558, que se hacía eco de que se vendían en América muchos libros de materias vanas, deshonestas y de mal ejemplo; y otra, muy tardía, 18 de enero de 1585, en que se ordenaba a las autoridades de los puertos visitar las naves acompañadas de religiosos. El envío de Benito Boyer es de 1584 y en él hay abundantes obras de las teóricamente prohibidas, lo que lleva a pensar que no hacía falta excesiva audacia para enviar al Nuevo Mundo *Biblias de Vatablo* u otro cualquier libro que no fuera de los tenidos por verdaderamente peligrosos por los inquisidores, generalmente de contenido teológico. Millares, citando a Torre Revello⁶³ propone «que a pesar de las leyes reales que prohibían el paso de tales obras a nuestro Continente, ellos, sin embargo, se enviaron en número considerable, por cuanto los ministros del Santo Oficio y sus censores pasaron por alto cuanto se ordenaba en tales leyes, por no hallarse tales libros incluidos en los índices de libros prohibidos o expurgatorios, ni en los edictos imperiales emanados de dicho tribunal». Incluso existen evidencias de que llegaron libros de los considerados verdaderamente peligrosos⁶⁴, por lo que hay que considerar los libros llegados a América no como los que pudieron pasar por los filtros, sino como los que realmente interesaban a los habitantes del Nuevo Mundo y los que éstos apreciaban y demandaban.

Los libros de tema científico, o de tema que podría ser considerado científico, son muy escasos y señal inequívoca de lo poco que interesaba la ciencia en el Nuevo Mundo. Los grandes consumidores del libro científico en la España del Siglo de Oro son los médicos y es notorio que los que ejercieron como tales en América fueron más autodidactas que auténticos hombres de ciencia. Basta leer algunas obras, como los *Problemas y secretos maravillosos de Indias* de Cárdenas, o los *Discursos medicinales* de Juan Méndez Nieto, para darse cuenta del bajo nivel libresco de dichos profesionales y hasta qué punto se asimilaron a la naturaleza del Nuevo Mundo y se desconectaron de las enseñanzas de las Autoridades del Viejo. Poco valía allí el Dioscórides y bien poco debió valer el latín, pese a que Luis Méndez Nieto se considerase discípulo de Lorenzo de Alderete y del valenciano Gregorio Arcisio. En la Corona de Castilla el porcentaje de libros de contenido científico, sobre el total de circulantes, representaba cerca del 10%; en América casi la cuarta parte, 2,39%. Más aún, los libros latinos son una excepción, tan sólo explicada por la fama de los autores, Luis de Mercado, Protomédico General de los Reinos, presente con su *De mulierum affectionibus* (4), y «el Divino» Francisco Valles, con su *Controversiarum* (4). El grueso del grupo estaba constituido por obras en romance, como la de Luis de Toro sobre el tabardillo, el *Libro del parto humano* y el *Aviso de sanidad* de Núñez de Oria o las cirugías de Francisco Díaz y Giovanni Vigo. Al fallar el gran consumidor del libro de ciencia, el médico, el consumo de obras americano es bastante original, con una inclinación peculiar y una orientación eminentemente pragmática, como sugiere la extraña abun-

⁶¹ Friede, op. cit., pág. 48.

⁶² Arciniega, op. cit., pág. 204, «El libro, es cierto, siguió entrando sin embargo, en América, infiltrándose en ella por diferentes conductos y con una audacia tan desafiante...».

⁶³ Agustín Millares Carlo, «Bibliotecas y difusión del libro en Hispanoamérica Colonial», Boletín Histórico, 22 (1970) 25-73.

⁶⁴ Germán Somolinos D'Ardois, «Médicos y libros en el primer siglo de la colonia», Boletín de la Biblioteca Nacional de México, 2.^a época, XVIII (1967) 99-137.

dancia de Agriculturas, Albeyterías y Arquitecturas, en sus traducciones de Alberti, Serlio y Vitrubio. Parece que para curar y ser curado bastaba con el conocimiento de la naturaleza americana y en cambio para sembrar, criar ganado y construir, el mejor modelo seguía estando en Europa. En el apartado hemos incorporado, con reservas, el *Libro de cocina* de Roberto de Nola, que los grandes libreros debieron pensar que interesaría a los americanos, puesto que allí se envió.

Los restantes grupos son los de leyes, mayoritariamente formado por *Recopilaciones y Prácticas* destinadas a funcionarios de los nuevos territorios; filosofía, que debió destinarse como la religión en latín, a los hombres de la Iglesia; e historia, con alguna *Crónica del Cid*, el *Descubrimiento del Perú*, y otros semejantes, que imaginamos sirvieron tanto a los nostálgicos como a los protagonistas o herederos de los protagonistas de la conquista que buscaban el origen de su estirpe.

La revisión de los libros enviados a América nos ha permitido conocer, además, la práctica del refrescamiento de portadas en algunos libros exportados. Los libreros americanos eran muy rigurosos exigiendo libros «de la última impresión», rechazando la posibilidad de convertirse en el recogadero de las ediciones y obras mal vendidas en la Corona de Castilla. Esto mismo es algo que los libreros castellanos exigían a los extranjeros en sus importaciones. Los lyoneses fueron los grandes maestros en dar gato por liebre y en el refrescamiento de ediciones. Tomaban una ya anticuada, que no habían conseguido vender, ordenaban la impresión de una nueva portada y la edición de 1540, pongamos por caso, salía flamante a la calle, como nueva edición de 1560. A América llegó refrescado el *Caballero del Febo*, de Diego Ortúñez de Calahorra, que había sido impreso en Medina del Campo por Francisco del Canto padre en 1583, y que fue refrescado con portada de Valladolid, Diego Fernández de Córdoba 1586, por orden de Juan Boyer. El destinatario era Francisco del Canto hijo, de Lima, por lo que creemos que en este caso no se trató de un engaño, sino de una connivencia entre el librero americano y su antiguo conocido medinense, para engañar a los potenciales clientes.

Asimismo resulta evidente que en la industria del libro americana, en el siglo XVI, faltaban encuadernadores. Ya se han mencionado los trabajos del parisino Jean Bailiens para Benito Boyer y destinados a México. La memoria de Alonso Ruiz nos muestra otros, surgidos del taller de Juan Boyer, o encargados en Medina o Salamanca, como los de los «Trescientos Astetes del Rosario Impression de Burgos encuadernados en cuero azul leonado y negro el corte jaspeado con manecillas llanas a tres reales cada uno. Con flores de oro», hasta la de los «Doze Amadís de Grecia f«oli»o pergamino a treze reales». Salamanca era el centro indiscutible de la encuadernación castellana del XVI y posiblemente por ello también Vicente Portonaris sea uno de los grandes de las exportaciones de libros a América durante el siglo.

Los grandes libreros fallecieron en una década: Benito Boyer en 1592, Ambrosio Duport en 1597, Juan Boyer en 1599, Hilario Benefont en 1599, y con ellos desapareció el gran centro de influencia medinense. En 1610 los libreros del noroeste peninsular carecían de importancia y los madrileños ocuparon su antiguo puesto.

Anastasio Rojo Vega

magistrad se presento Por la kta condos padrinos deullenar de clame
me nestiles yatabales. Sisolo los tamborinos. de los taques queuan
tantos y fasion tanto ruido. que quando la plaza dio su letro que
dezia —

Por ser las damas qual son
me ebetido de sumodo
Para conquistar lo todo.

La desueña
debia Por regusisar la fiesta.
de la nueva del virrey
Venimos con nro Rey

Corrio mal por que no le ayudo nadie el qualto. y asi a compaña en
la perdia. alor del tiempo. de bit han. y el ayudante de amantenedor
que se pagaron iusto de vna media de cada. que el ynga puse. Por que
La puenta afo an de la nueva urbano de cohidp. Para tenerle propio
en el suceso de los de mas lances. a esta ora. afo mo por la plaza. de
cauallero de latirte figura don quise de la mancha. tan al natural
y Propio de como le pinta en fulibro. que diu grandissimo gubdo
berle venia cauallero en un cauallo flaco muy parecido a surozinan
se. con vna calitas de laño de vno, y vna cota muy mochoza. mo
rrion con mucha pluma de gallos. Cuello de dozabo y lamoscero
muy. Al proposito, de lo que representaba. afo parabanle el cura
y el barbano. Con los trajes propios de escudero y nifanta. mo mo como
que su coronica quenta. y su leal es uidera. sancho panza. gracipita
mente ebetido. Cauallero en su asma al bardado. y con sus alforjas,
bien prouydas y el yelmo de man brito, llenauale. La lancia y tambien
dirui de Pedrino. a fo mo que era un cauallero de fordoua. de lindo
humor llamado. don Luis de fordoua. y anda en el reyno. de sfraçado
con nombre de lus de galus. abra benido a la sacon de la fiesta